

PAOLO COGNETTI

Sin llegar nunca a la cumbre

Viaje al Himalaya



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse

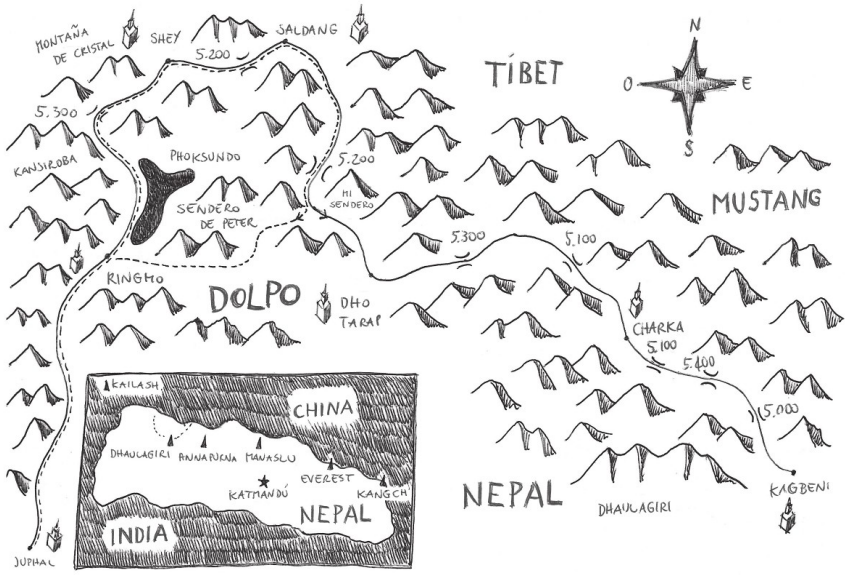


@litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Quisiera ser pintor
más que artesano de las palabras,
hoy.
En la niebla se recortan,
con sus grandes abrazos musgosos,
los rododendros gigantes.

TIZIANO TERZANI, *Una idea de destino*



A finales de 2017, y de mi cuadragésimo año de vida, fui con unos amigos a la tierra de Dolpo, un altiplano en el noroeste de Nepal, donde remontaríamos desfiladeros por encima de los cinco mil metros, viajando a pie durante casi un mes a lo largo de la frontera tibetana. El Tíbet era una meta inalcanzable, y no por temas fronterizos: invadido por el ejército chino en 1950, devastado entre los años sesenta y setenta por la furia de la Revolución Cultural y, por último, implacablemente colonizado por la nueva China capitalista, aquel antiguo reino de monjes, mercaderes y pastores nómadas sencillamente ya no existía.

Existía, sin embargo, o eso me habían contado, un pequeño Tíbet en territorio nepalí, que había sobrevivido por algún olvido de la historia. También en los mapas el Dolpo tiene el aspecto de una anomalía: ahí donde el Nepal político, que normalmente se sitúa al sur de la cadena del Himalaya, sobrepasa a esta y penetra en la inmensa área geográfica del altiplano tibetano, hay una región entera por encima de los cuatro mil metros, a la que no llegan los monzones ni los caminos, la más árida y remota y la menos poblada del país. A lo mejor a esa altura, me decía, podré ver el Tíbet que ya no existe, que ninguno de nosotros podrá ver más: ese era el viaje que deseaba hacer por mis cuarenta años, un viaje apropiado para celebrar el adiós a ese otro reino perdido que es la juventud.

No era el único motivo para ir. Otro motivo importante era la caravana en la que iba a participar. El Himalaya no es una tierra en la que uno pueda adentrarse sin más: para recorrer cientos de kilómetros entre montañas deshabitadas se preci-

saba una expedición en toda regla, con guías, porteadores, mulas, un campamento que hay que montar cada noche y desmontar cada mañana, y compañeros de viaje.

Uno de los nueve que emprendió el viaje conmigo era Nicola, al que me unía una amistad reciente. Hacía poco que nos conocíamos, teníamos la sensación de parecernos, y nos hallábamos en la fase del conocimiento mutuo. Pero ambos creíamos que las amistades no se fraguan por sí solas: hay que afianzarlas, mimarlas, precisan de empresas memorables para el futuro. Así, un día de primavera le describí el Dolpo por teléfono y le pregunté:

–¿Vamos juntos?

–Sí –me dijo.

Era otoño y ninguno de los dos se había echado atrás.

El otro compañero era Remigio, mi mejor amigo y el más complicado de todos los que tenía en ese momento de mi vida. En los diez años de nuestra amistad nunca había conseguido sacarlo del pueblo de montaña en el que había nacido y se había criado, y al que yo me había ido a vivir. No pretendía arrancarlo de ahí, lo que quería era que compartiésemos algo diferente: un lugar en el que ambos fuésemos extranjeros, donde conociésemos la sensación de la lejanía y de la exploración. Traté de convencerlo durante meses, empleé todas las posibles técnicas de persuasión, pero siempre tenía dudas e indecisiones. Que si le dolía una rodilla o no tenía dinero, que si su coche estaba averiado. Pero luego se presentó en el aeropuerto cuando ya me había resignado a que no apareciera.

–¿Así que vienes también? –pregunté.

–Pues sí –respondió, encogiéndose de hombros.

Sabía que en la montaña cada cual camina solo incluso

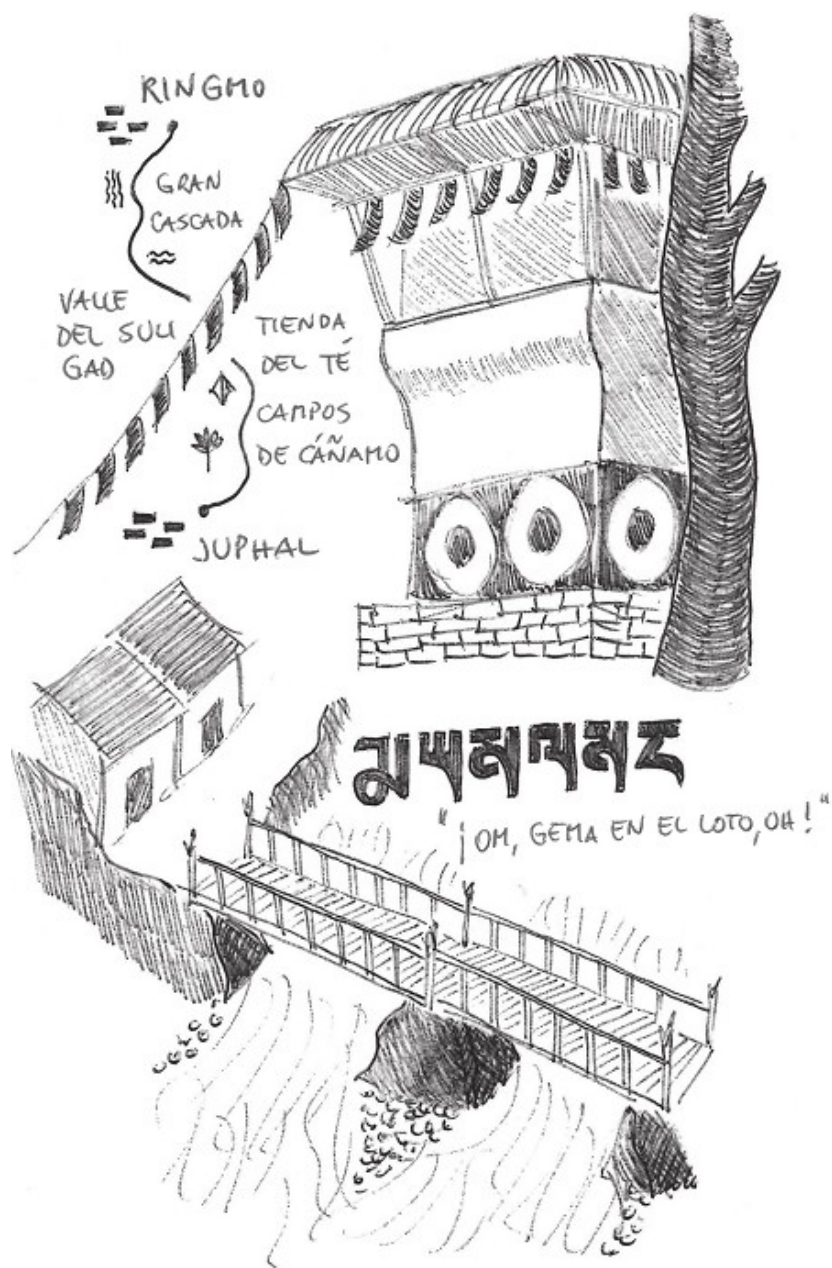
cuando va acompañado, pero me complacía compartir mi soledad con esos compañeros.

Emprendimos el viaje a principios de octubre, cuando en los Alpes ya se esperaba la nieve, y llegamos a un Katmandú caluroso y polvoriento, recién salido de la temporada del monzón. Desde mi última visita la ciudad parecía haberse extendido aún más en su amplio valle: había más suburbios, chabolas, barrios residenciales, perros vagabundos, monos, mendigos, vacas esqueléticas en medio de la calle, niños. En la plaza Durbar todavía quedaban las ruinas de los templos hindúes y budistas que habían resultado dañados o totalmente derruidos en el terremoto de dos años antes, así como los puntales de madera que servían para mantenerlos en pie. Unos enormes carteles anunciaban que el gobierno chino se estaba encargando de su reconstrucción. ¿China? ¿Qué pintaba China en la principal plaza de Nepal?

Yo arrastraba desde casa una fiebre que aumentaba mi confusión, y cuando una mujer me convenció de que comprase leche en polvo para su niño, dejé que entre ella y su cómplice del bazar me robasen casi todas las rupias que tenía. Los carniceros exponían en los callejones piezas de una carne muy roja y cabezas de cabra sangrantes, y en los templetos de las esquinas de las calles había flores y frutas pudriéndose dejadas por los devotos. En Thamel, el barrio turístico frecuentado por grupos de occidentales que van al Everest o en busca del Katmandú de los Beatles, compramos las últimas cosas para la expedición en una de esas tiendas de material usado, anoraks, jerséis, botas amontonadas en los mostradores, las prendas que los clientes regalan a los

porteadores cuando los ven en alta montaña con camisas de manga corta y en chancas, y que los porteadores venden en cuanto regresan al valle. Nos movíamos entre polvo, manos, cuerpos sudados, bocinas, podredumbre que corría al borde de las calles, y sin embargo había algo en aquella ciudad que no dejaba de hechizarme.

Los mejores bares se encontraban en las terrazas de las últimas plantas de los edificios, desde donde parecía que estabas por encima de las miserias de la humanidad. Mientras hablábamos del viaje en compañía de una cerveza, siempre terminábamos mirando hacia el norte: desde Katmandú el Himalaya no se ve, el valle está rodeado de colinas y envuelto en nubes, pero nos lo podíamos imaginar y temerle. Al rato, como ocurre siempre en Nepal, la sensación de pérdida de tiempo se convirtió en la comprensión de que hay que acostumbrarse a un ritmo diferente del tiempo. Eso es indispensable para entrar en el adecuado espíritu del viaje. Y entonces una mañana llegaron los permisos para ir al Dolpo y, por fin, pudimos partir hacia la montaña.



1

POR EL RÍO

De camino hacia el norte en una avioneta, con el Himalaya enfrente elevándose de las densas nubes tropicales, recordé un libro que me dio mi padre cuando tendría unos nueve años un día que estaba con fiebre. Se titulaba *Las montañas más hermosas y las más famosas escaladas*. En portada figuraba el Monte Rosa, que veía por primera vez. Ya había conocido la roca y el hielo, en verano, pero en invierno la montaña se convertía en un recuerdo lejano, así que pasé largas horas en la cama con aquel mamotreto de fotografías a color, curándome de la fiebre y de la nostalgia. Observé el perfil del Everest, del K2, del Nanga Parbat, leí sobre hombres que los habían ascendido, aprendí nombres y alturas con la obstinación de los niños, para los que memorizar es un acto mágico, que brinda la ilusión de poseer. Entonces mi sueño era ser alpinista, leía a Messner y a Bonatti como si fuesen Stevenson y Verne, y el Tíbet y Nepal eran reinos secretos, islas del tesoro.

Treinta años después aún sabía reconocer la forma del Dhaulagiri, el más occidental de los ocho mil nepalíes. Ahora el pequeño avión volaba mucho más bajo, iba a ras de los nubarrones iluminados por el sol, que dejaba al este. Otras cumbres oscuras se elevaban delante de nosotros, una cadena de unos cinco mil metros: como habíamos esperado, la

niebla no pasaba de aquel muro. Luego, debajo de las hélices, empecé a ver crestas afiladas, gargantas que desaparecían en las sombras matinales, cañones hundidos por los desprendimientos de la temporada de lluvias. Observé a Remigio pegado a la ventanilla y creí saber qué buscaba: un paisaje que pudiese interpretar, una escritura conocida.

Desde que me había ido a vivir a la montaña, más que las cumbres habían empezado a interesarme los valles y, más que los alpinistas, los montañeses. Me gustaba la idea de que hubiera un único gran pueblo en las tierras altas del mundo, pero no dejaba de ser simple romanticismo: en los Alpes ya éramos ciudadanos de la inmensa megalópolis europea, o de uno de sus extrarradios boscosos. Vivíamos, trabajábamos, íbamos de un lado a otro, teníamos relaciones de ciudadanos. ¿Seguían existiendo los montañeses? ¿Había en algún lugar una montaña auténtica, libre del colonialismo de la ciudad, íntegra en su condición de montaña? Con ese espíritu había ido a Nepal unos años antes. Había recorrido las zonas más visitadas solo para descubrir que la modernidad también estaba llevando sus ventajas al Himalaya: carreteras, motores, teléfonos, energía eléctrica, productos industriales, el bendito y deseado bienestar a cambio de una cultura antigua, pobre y abocada a la extinción, exactamente como la alpina. Tenía que buscar mejor, tenía que llegar más lejos.

El piloto cuyos movimientos espiaba viró con suavidad, siguiendo las líneas de un valle al sol. Enfiló hacia una corta pista de tierra, no más de un centenar de metros en medio de una pendiente, y luego descendió hacia ella. Aterrizó y frenó con firmeza entre las casas de Juphal, el principio del largo sendero hacia el norte: cabañas bajas de piedra, terra-

zas en todo el paisaje, la cosecha ya casi terminada en aquella estación. Aún estaba impregnado del sudor de una sofocante mañana tropical, y no bien bajé de la escalerilla percibí el limpio olor de la montaña. En cuanto recogí la mochila, el bimotoz despegó.

Sete tenía cuarenta y siete años y era un tamang de Nepal oriental. Pómulos anchos, ojos pequeños, piel morena, ya de crío cargaba un cuévano a la espalda: después de convertirse en cocinero y porteador de alta montaña, y de haber escalado cumpliendo esa función el Everest, el Makalu, el Cho Oyu, el Dhaulagiri, el Shisha Pangma, con la edad él también había bajado al valle. Ahora trabajaba, en verano y en invierno, en los refugios del Monte Rosa, y en otoño hacía de guía para expediciones de exploración como la nuestra. Hablaba italiano, se reía mucho. Yo me preguntaba si era una alegría innata o uno de los trucos del oficio, una manera de evitar las preguntas directas. Llevaba unos días en Juphal reuniendo la caravana, compuesta por él, por su hermano, por cinco chicos encargados del campamento y la cocina, por otros cinco que se ocupaban de las bestias y el transporte, y por veinticinco mulas cargadas con todo lo que, en casi un mes de camino, íbamos a necesitar. Junto con los diez que habíamos llegado de los Alpes, sumábamos un total de cuarenta y siete, entre animales y hombres. Las tiendas, los equipos, los víveres, el queroseno para cocinar, el pienso de las mulas y los equipajes personales se cargaron en las albardas, lo único que no llevábamos era agua: encontrar cada noche un torrente y el lugar donde acampar era tarea de Sete, que nunca había estado en el Dolpo pero que confiaba

poco en nuestros mapas. Prefería preguntar por el camino a los arrieros y a los campesinos con los que nos pudiéramos cruzar. En Juphal hacía calor y yo estaba tratando de saber qué debía llevar en la mochila y qué debía cargar en la mula, así que le pregunté cuándo iba a necesitar la ropa de abrigo.

–Más arriba –dijo.

–¿Qué quieres decir con «arriba»?

Me señaló distraídamente una mancha con forma de Y en el mapa que había extendido: el gran lago Phoksundo, situado entre dos valles.

–¿Y cuánto se tarda en llegar?

–Tal vez cuatro días.

–¿Tal vez?

Comprobé la altura del lago: 3.600 metros. Donde nos encontrábamos, a 2.500 metros, se cultivaba maíz. Descendiendo desde Juphal hacia la hondonada, cruzamos arrozales, terrazas con cultivos de cebada y mijo, huertos exuberantes. Las casas tenían tejados planos, de tierra batida, en los que ponen a secar heno y guindilla. Gran parte de la vida de la aldea parecía desarrollarse ahí arriba, y toda era femenina: las mujeres jóvenes batían la cebada con largos palos, las mayores la cribaban al viento que se llevaba el salvado; abajo, en una tina de piedra, una niña se lavaba el pelo con un jabón para la ropa. Calabazas amarillas y largas, unos extraños guisantes de vaina espinosa, incluso racimos de pequeños tomates llenaban aquella ladera sin árboles, donde solo el cedro del Himalaya, una conífera de aspecto africano, daba sombra entre los huertos.

Mientras miraba alrededor, pensaba en las terrazas invadidas por la broza, los muros sin argamasa derruidos, los canales de irrigación devorados por el bosque que solía ver en

los Alpes; pensaba también en la época en que nuestra montaña estaba igual de cuidada, y me preguntaba cuándo le llegaría a esta el abandono. ¿Era una carretera lo que veía allí abajo? Sí, a la vera del río pasaba una pista de tierra, y justo cuando llegábamos nos adelantó una camioneta; hacía dos años, por lo que nos contaron, ahí no había más que un sendero.

Remigio y yo cruzamos una mirada cuando nos enteramos de eso. Él había nacido en una aldea a la que hasta finales de los años setenta se subía a pie; después, desde que construyeron una carretera, fue testigo de su progresivo despoamiento. En una ocasión me dijo: Cuando llega una carretera parece siempre que lo que hace es traer algo, pero lo cierto es que lo que hace es *llevarse* algo. Observaba a dos obreros que con pico y pala arreglaban la calzada. Estaba recordando, creo, una escena de su infancia.

La caravana levantaba polvo y la fresca del río de abajo empezó a ser un reclamo para mí: cuando Sete decidió dónde instalar el campamento, fui el primero en descalzarme e introducir los pies en el agua tumultuosa del Bheri Khola. Estaba turbia de hielo, de color gris metálico.

—¿De dónde viene esa agua? —pregunté.

—De la montaña.

—¿De qué montaña? ¿El Dhaulagiri?

—Tal vez.

Sete decía «tal vez» en lugar de «quizá», y eso daba a sus respuestas un extraño tono oracular. De dondequiera que llegase el agua, había estudiado los mapas y sabía a qué punto iba a parar: al río Karnali, que nace en el Tíbet, y después de setecientos kilómetros desemboca en el Ganges. Sentado en

una roca, entre mosquitos y helechos, me dije que tenía los pies en remojo en el agua del río sagrado.

–Tú has estado arriba, ¿verdad?

–¿Dónde?

–En el Dhaulagiri.

–Sí, así es.

–¿Y cómo era, lo recuerdas?

–Largo –dijo Sete.

Luego se fue a la tienda cocina para dirigir los preparativos de la cena.

Me tumbé al sol para secarme y saqué del macuto el libro que había llevado. Era *El leopardo de las nieves*, de Peter Matthiessen, publicado en 1978 y aún en los mostradores de todas las librerías de Katmandú, desde donde los ejemplares de bolsillo arrugados pasaban a las mochilas de los nuevos caminantes. Aquel libro también tenía algo que ver con mi viaje, es más, en parte lo había inspirado, ya que iba a recorrer un buen tramo del camino que en él se describe. Coincidencia o no, el *Leopardo* y yo éramos coetáneos; ahora lo empezaba a leer por segunda vez.

Por lo que había averiguado de él, Peter me caía muy bien: nacido en 1927 en Nueva York, en los años cincuenta formó parte de la segunda generación de expatriados norteamericanos en París, émulos con menos fortuna de Hemingway y Fitzgerald. También tenía una esposa joven, un apartamento en la *rive gauche*, cuadernos que rellenar. Aunque en Francia no produjo nada memorable, formó parte del grupo de una histórica revista literaria, la *Paris Review*, antes de regresar a Estados Unidos para dedicarse a sus dos pasiones: